

***Miracle! Récits merveilleux des martyrs et des saints.* Edina Bozoky, París, Vuibert, 2013. Índice de santos. 191 pp.**

¡Milagro! Esta palabra es, quizás, la que mejor define la acción de los santos en el mundo (al menos en el plano sensible). Este es también el título que Edina Bozoky escogió para su última publicación, en la que analiza los milagros realizados por los hombres de Dios en la primera cristiandad y en la Europa antigua. La autora abarca así un amplio marco cronológico que va desde las primeras vidas de apóstoles y evangelios apócrifos, redactados muy tempranamente a principios del siglo II, hasta finales del siglo XII, cuando el papado toma el “control de la santidad”, al centralizar y regular los procesos de canonización, antes en manos de los obispos (p. 6). El material primordial lo suministra la abundante literatura hagiográfica, compuesta por *vitæ*, *inventiones*, *translationes*, *visiones* y otros escritos relativos a la veneración de los santos, procedentes de toda Europa. No obstante lo anterior, la mayor parte de los documentos referidos en el estudio provienen de los reinos germánicos, principalmente Francia e Inglaterra, y del mundo celta.

La obra se centra directamente en los milagros, sin embargo, como la misma autora reconoce, se recogieron las vidas de santos más fabulosas, por lo que podría pensarse que se examina más los casos de excepción que la regularidad, en cuanto a la función que la hagiografía tiene en un sistema religioso. *Miracle!* está estructurado precisamente de acuerdo a la relación sobrenatural de los santos con el mundo físico y con los hombres, sus contemporáneos y las generaciones futuras. La vida de estos héroes de la fe es tan profunda y polifacética, que su actuar en la tierra no se agota con su biografía sino que continúa desde el más allá, e incluso se perpetúa en este mundo a través de sus restos mortales, las reliquias. Estos distintos ámbitos dan origen a las tres grandes partes que componen el libro.

La primera parte se refiere a la manifestación de la santidad en vida, verificable sobre todo a través de los prodigios obrados entre las personas (*Les miracles des saints vivants*). Aquí sobresalen los milagros que sirven a la conversión de los paganos, como resucitar a los muertos, expulsar demonios, humillar a magos y luchar contra dragones. Los santos efectuaron además una labor en beneficio de sus semejantes, curando enfermedades y operando sobre las fuerzas de la naturaleza (invocación o detención de lluvias, multiplicación de cosechas), aunque también se servían de ellas para castigar a los malvados.

Bozoky cuenta, por ejemplo, cómo los verdugos de Felipe y Bartolomé fueron tragados por la tierra por orden de los apóstoles. Dios, sin embargo, para mostrar que no aprobaba este tipo de venganzas, devolvió a los desdichados desde el seno de la tierra (*Actos apócrifos de Felipe*). Asimismo, se recogen milagros que manifiestan el poder de los santos para vencer a la muerte: mártires resucitados varias veces y algunos casos de *cefaloforia*: el obispo san Gunardo, decapitado por los normandos, escapó del incendio de la catedral literalmente con su cabeza en la mano, y remontó el Loire en barco hasta Angers donde por fin fue sepultado por los canónigos del lugar.

La segunda parte analiza una característica propia de los santos como es la capacidad de comunicar el mundo de los vivos con el más allá (*Entre ciel et terre*). Esto en una doble dirección, ascendente y descendente. En la primera dirección, muchos santos aún en esta tierra gozaron de visiones del paraíso, ya desde la época de san Pablo, tal como relata la *Visio Pauli*. Otros recibieron el favor de conocer el infierno y así poder predicar a sus contemporáneos sobre este lugar fatídico a fin de corregir las costumbres y evitar que terminen allí. Las mismas dotes sobrenaturales les permitían comunicarse con quienes ya habían partido de este mundo, los difuntos. En la otra dirección encontramos la intercesión de los santos una vez muertos, desde el cielo. Esta comunicación reviste muchas formas, siendo la más recurrente la aparición a una persona o a un grupo para advertir sobre calamidades, conceder favores, aconsejar o simplemente llamar a la conversión.

La tercera parte está enfocada al análisis de las reliquias (*Reliques miraculeuses*). La acción benéfica de los bienaventurados continúa en la tierra a través de sus reliquias, es decir de los restos materiales conservados por los fieles y que evocan la figura del santo. Pueden ser parte de su cuerpo, desde pequeños fragmentos como pelo, uñas o gotas de sangre hasta miembros enteros como huesos, brazos o la cabeza, o bien puede tratarse de objetos que hayan estado en contacto con él. Bozoky llama la atención sobre la materialidad de los cuerpos, donde los fieles buscaban manifestaciones reveladoras de la gloria del santo. El olor agradable que emana de los cadáveres (“olor de santidad”) o la incorruptibilidad de sus restos mortales, fueron considerados pruebas irrefutables de que gozaban de la visión beatífica. La misma naturaleza da testimonio de ello, a través de los milagros sucedidos en las cercanías de los cuerpos santos, como animales salvajes apaciguados (san Edmundo),

y arbustos que reverdecen y florecen (san Ginés de Arlés), por citar algunos casos mencionados en la obra.

Un análisis más detallado requiere el tópico de los “milagros útiles” a favor de los devotos, y en especial las curaciones, “la principal función de las reliquias”, según palabras de la autora (p. 139). Aquí desfila un innumerable elenco de ejemplos, cada cual más impresionante, que hace palidecer el proverbial poder de los reyes taumaturgos (que no son más que una muestra muy elemental de este fenómeno). La sanación de dolencias obtenida gracias a las reliquias de san Martín de Tours, san Erconwaldo, san Esteban de Obazine, san Oswald, san Cutberto y muchos otros ejemplos aportados por Bozoky, permite entrever la cercanía de los venerables con el sufrimiento de la gente. Como bien queda consignado, los hagiógrafos se preocupaban de narrar solamente las curaciones exitosas (qué duda cabe), pero no quita la fascinación al leer que en 994, más de 7.000 enfermos de Limoges fueron librados del fuego de san Antonio (ergotismo) gracias a las reliquias de san Marcial.

A lo largo del estudio se ve con claridad que mientras más asombrosa es la intervención de los santos, más poderoso es el Dios que ellos predicaban. De esta manera, los textos hagiográficos, realzando sus hazañas y los milagros operados por las reliquias, jugaron un rol de primer orden en la difusión del cristianismo. Entre los muchos ejemplos que se mencionan a propósito de las conversiones, destacan los 20.000 paganos bautizados en un día, luego de que san Jorge matara al dragón que atormentaba a la ciudad de Silene. En la hagiografía, la exageración y las desproporciones no son un problema. Como explica la autora, “la intención no es hacer *creer* en el sentido literal, sino hacer *admirar* el poder ilimitado de Dios” (p. 162).

Resumiendo, las contribuciones del trabajo de Edina Bozoky son múltiples. Presenta una nueva reflexión sobre el papel de la hagiografía en la sociedad y en la religiosidad antigua. Además, ofrece una completa tipología de milagros, según quién los realiza, las fuerzas involucradas y los objetivos perseguidos. Por último, descubre un mundo esencialmente oral y tradicional que necesita de los hombres santos y los exalta a través de los milagros. A partir del siglo XIII, el reconocimiento de la santidad comienza a ser sometido a un procedimiento centralizado y sistematizado por Roma. Con ocasión del proceso de canonización de santa Isabel de Hungría, muerta en 1231, aparece el primer

formulario estereotipado y de acuerdo a los requisitos impuestos por Gregorio IX, que pone en práctica la calificación de testigos, los interrogatorios y el informe escrito. Todo esto nos habla no sólo de una religiosidad distinta, sino también de una nueva etapa en la historia de la cultura europea.

**José Miguel de Toro Vial**  
*Universidad Católica de la Santísima Concepción*